

Cuento de Navidad

A nadie le importaba



Asun Rubio - Visiers

Cuento de Navidad 2024

A nadie le importaba

Asun Rubio-Visiers

Esa tarde hacía un tiempo invernal. El aire olía a frío y destemplanza, pero eso no detendría la firme determinación de Gervasio de disfrutar del ambiente festivo que empezaría a teñir la ciudad desde el atardecer. Era su primer día de unas vacaciones largamente esperadas, y se presentaba una Navidad de la que no tenía ningún deseo. Pensó largarse lejos pero, al final, con ese hábito suyo de dejarlo todo para última hora, no encontraba plazas para los destinos que le interesaban. En realidad, la apatía se iba apoderando de él a medida que se acercaban los días más festejados de diciembre. Al final, se resignó a quedarse en Madrid a esperar lo que le deparara el destino.

Eran las cuatro de la tarde de un día nublado y gris. Gervasio esperaba pacientemente su turno para ver el Belén del Ayuntamiento. No es que tuviera una especial predilección por las figuras navideñas, porque hacía mucho tiempo que él no adornaba su casa ni, por supuesto, ponía el Belén. Sin embargo, por algún lado tenía que empezar... o terminar. Puede que llegara de nuevo, como tantas veces, a la conclusión de que aquello era una tontería más del tiempo que nos tocaba vivir en estas fechas.

— Perdona ¿es esta la cola para ver el Belén?

Aquel hombrecillo le sacó de sus poco alegres pensamientos. Apenas le dedicó una mirada. No era amigo de iniciar conversaciones con los extraños. A veces, le estorbaban hasta los conocidos. En realidad le molestaba que le interrumpieran cuando estaba a solas con sus pensamientos. Contestó de mala gana.

— Sí, pero tiene que sacar la entrada en aquel mostrador.

Mostrándole orgulloso su billete — sí, ya lo tengo — aquella criatura se puso detrás de él, ordenadamente, a esperar su turno. Ahora sí que Gervasio se fijó en él. Miraba, con aspecto tranquilo, todo lo que le rodeaba. De estatura media, bien proporcionado, en su rostro destacaban unos ojos de un azul claro y transparente, que le daban un aire pícaro y curioso. Gervasio tuvo que modificar su primer y apresurado juicio. No parecía, en absoluto, un ser insignificante.

— Buen momento para estar aquí. En una semana, esto se va a poner bastante complicado.

Gervasio no contestó. Prefería seguir a solas con sus pensamientos.

— No nos podemos quejar, la cola va bastante rápida.

Dudando entre enviarle muy lejos o decirle que le dejara en paz, Gervasio se giró hacia su interlocutor, encontrando unos ojos claros y alegres esperando respuesta. Todavía no ha logrado entender qué impulso le llevó a contestar.

— Aún nos queda un rato de espera.

— Pero lo que vamos a ver dentro seguro que merece la pena. Este Belén está recibiendo comentarios muy favorables por parte de todos los que lo visitan.

— Bueno, será un elemento más de la parafernalia navideña que nos rodea por todas partes estos días —Gervasio se sorprendió a sí mismo contestando al desconocido.

— Si quiere, podemos verlo juntos y, a lo mejor, entre los dos podemos encontrar aspectos nuevos de este arte tan antiguo como el mundo.

— No, yo no entiendo de arte ni del trabajo de los belenistas. Pero no tengo nada mejor que hacer esta tarde y esto me pareció una buena idea. Al menos estaré calentito hasta que se enciendan las luces.

— ¿Las luces si le interesan?

— Ni sí ni no. Pero ya que nos ofrecen el espectáculo gratuito, pues lo veré y me daré un paseo.

El desconocido le miró de manera extraña, pero no añadió nada mientras avanzaban hacia la entrada del recinto donde estaba expuesto el Belén. Ya casi estaban.

— ¿Se ha preguntado alguna vez cómo se verían las cosas si uno estuviera dentro de lo que nos están contando?

— Amigo, eso es absurdo. Recrean algo que pasó hace mucho tiempo, o no, al decir de otros. En cualquier caso, sólo en los cuentos infantiles se puede entrar en lo que es una recreación llena de fantasía.

El desconocido sonrió de un modo enigmático y nada dijo mientras pasaban sus entradas por el lector. Una estructura circular recreaba las diferentes escenas de los sucesos navideños, en una semipenumbra que se iluminaba cíclicamente, como el día y la noche que se suceden sin descanso cada jornada. El desconocido, a su lado, miraba abstraído la primera escena: la Anunciación, ambientada en una fuente pública donde los habitantes del lugar irían a surtirse de agua, Su voz sonaba extraña.

— Aquí empezó todo. De un modo tan sencillo, en apariencia, pero tan prodigioso.

Gervasio pensó en perderle de vista. “Sólo faltaba que se dedique a ilustrarme la visita”. Cuando volvió a mirar al hombre, éste tenía la mano tendida hacia él, como esperando.

— ¿Se atreve a mirar dentro sin miedo?

— Pues claro, eso es lo que voy a hacer, mirar.

— Pues deme la mano.

Ante la vacilación de Gervasio, el desconocido reiteró su gesto con la mano extendida.

“Bueno, un apretón de manos y le mando muy lejos” — pensó Gervasio.

Cuando cogió la mano del hombre, el mundo se difuminó a su alrededor. Se vio en medio de un camino donde multitud de peregrinos se movían en distintas direcciones. Los que podían, llevaban en sus jumentos el equipaje. Los menos afortunados, cargaban ellos

mismos sus pertenencias. Se dio cuenta de que estaba solo. Su desconocido amigo no estaba a su lado. Y, sin embargo, necesitaba seguir avanzando entre la muchedumbre.

Le llamó la atención una pareja joven, casi adolescente, ella embarazada, montada en la burra de la que tiraba su marido. Se movían entre la multitud, tratando de encontrar un albergue para pasar la noche. Después de intentarlo en varios lugares, llegaron, por fin, a una posada que, por su tamaño, quizá dispusiera aún de espacio. Un grupo de gente airada se agolpaba a la puerta, increpando al patrón. Este repetía, a gritos, que ya no había sitio para nadie más. Él no tenía la culpa de que al emperador de los romanos se le hubiera ocurrido que tenían que moverse por toda Judea y Galilea para empadronarse. ¡Valiente tontería! Como si tener contada a la población fuera a proporcionar un beneficio a alguien. Pero eso no era asunto suyo.

Nadie miró siquiera a la joven pareja. Despacio, dieron media vuelta cuando quedó claro que tampoco para ellos había sitio. Recorrieron el pueblo en busca de algún refugio, pero todo fue en vano. En el corazón de Gervasio crecía la indignación. ¿Cómo era posible que nadie se apiadara de ellos y les ofreciera cobijo? El mundo se estaba convirtiendo en un frío desierto sin sentimientos ni compasión. Sintió perplejidad ante sus propios pensamientos. Volvió a oír la voz, aunque no vio al hombre.

— ¿Es esto una representación festiva propia de la Navidad o te cuenta algo?

Antes de que pudiera contestar, la mano que le mantenía aferrado tiró de la suya y le llevó a una fría cueva de ganado. Los jóvenes se habían instalado allí lo mejor posible. La Madre estaba recostada sobre mantos limpios y en sus brazos sostenía al Niño, abrigado con pañales y unas ropitas claramente tejidas por ella. Una colorida mantita colaboraba a dar calor a la criatura. Su Marido se afanaba en adecentar aquel aposento y en mantener un fuego que les calentara y que le permitiera preparar algo de comer con sus escasas provisiones. El tumulto había sido tal que no habían encontrado nada que comprar.

Desde su rincón, Gervasio observaba la paz que emanaba de aquella escena, a pesar del desvalimiento y la soledad de sus protagonistas. El desconocido de ojos azules le miraba retador, como si esperara escuchar sus pensamientos. Gervasio, ahora, se debatía entre su indignación anterior y la humilde aceptación de aquella Familia.

— Alguien debería ocuparse de que unas personas vulnerables como ellos no tuvieran que pasar una noche como esta casi a la intemperie.

— Es verdad, hace un frío tremendo. Por cierto, has dicho “alguien”. ¿Quién?

De pronto todo se llenó de luz. Un gran número de campesinos apareció con ropa para la Madre y el Niño. Con mantos limpios arreglaron algunos montones de paja para que también su Esposo se acomodara. Había comida caliente que las mujeres empezaron a distribuir, dejándoles suficiente para algunos días más. Los hombres trajeron algunos animales, lo que les permitiría tener leche y huevos para los días venideros. Pasaría algún tiempo hasta que pudieran emprender viaje de nuevo. Además, mientras la Familia descansaba y se alimentaba, aquellas gentes organizaron al asno, y a un buey que había

en aquella cueva, para que dieran calor a la Madre y al Recién Nacido. Luego se fueron por donde habían venido, cantando y desafiando al frío de la noche.

Esta vez iba Gervasio a decir algo a su acompañante, cuando otro salto en el vacío les llevó a un camino que se alejaba de la ciudad. La Madre, con el Niño en brazos, montaba de nuevo en el asno, del que tiraba su Marido, cargadas sus escasas pertenencias. Estaban otra vez por los caminos hacia un destino desconocido, dejando atrás el mundo en el que habían vivido hasta entonces.

Observando perplejo aquellas escenas, que hacían desfilan un caleidoscopio de recuerdos por su mente, Gervasio sintió su mano libre y se encontró al final del recorrido de aquel Belén circular. Parecía que, en lugar de caminar fuera del decorado, hubiera estado dentro. Pero, claro, eso no podía ser. Nadie puede entrar dentro de un Belén. Miró a su derecha, donde esperaba encontrar al hombre de los ojos azules, pero no estaba. Abandonó el edificio y empezó a deambular por la ciudad, donde las luces navideñas se adueñaban de calles y plazas. Sus pensamientos volaban hacia las escenas que había presenciado.

Y vio a hombres y mujeres que estaban solos con sus problemas, cuya lucha diaria no les permitía vivir con decoro y dignidad. Y a nadie le importaba. Y vio a niños que no tendrían juguetes, ni regalos, ni afecto aquella Navidad. Y a nadie le importaba. Y vio hombres y mujeres, incluso niños, abandonando su hogar y jugándose la vida en medio del mar proceloso. Unas veces llegaban, para convertirse en mendigos en la tierra de promisión. Otras, sus sueños se hundían bajo las aguas. Y a nadie le importaba.

No sabe el tiempo que estuvo andando, hasta que decidió entrar en el Metro y volver a casa. Cuando ponía la cabeza en la almohada en su mente se formaba una lista de gente a la que tenía que llamar; sabía que tenía muchas aportaciones por hacer y, además, debía colaborar, en lo posible, para que el mundo dejara de ser tan inhóspito para tantas criaturas. Se durmió con un sueño profundo y tranquilo como nunca. Mañana será otro día, pero ya nada será igual que hoy.